

Este Antonio Pereira

Elena Santiago

A la revista leonesa Pico Gallo le debo muy buenos momentos, y le debo y agradezco una fotografía de Antonio Pereira que se mira y hay que seguir mirándola con emoción que nos trasmite desde esa forma inmensamente humana que es Antonio. La fotografía es su cabeza detenida en un gesto, su cabeza despeinada por un viento que parece haber ido a alborotarle un pensamiento. La frente plegada sobre la mano, la barba contenida contra el pecho; es una imagen que se me antoja honda y espiritual, contenida como una antología que nos detiene próximos para aprender una presencia significativa por precisa, por grande tan necia de la vida cuando la vida es dolor y es amorosamente cierta. De Antonio se ha escrito mucho, se ha dicho mucho, y en pocas personas hay tantas coincidencias, llegadas de las personas más diversas, desde mundos tan diferentes, coincidentes en la palabra de amistad (entiéndase en amistad, sentimiento y plena aceptación) hacia esta persona, poeta tan persona, que es Antonio Pereira. Dolorido y profundo de afectos, recorre la vida viendo a la humanidad, reparando en ella, sabiéndola. Nunca es un ausente en lo que más se significa como vida, nunca es un ausente en cuantos le conocemos. Sobre mi mesa un tarjetón me anuncia un homenaje, de la Casa de León en Madrid, a Pereira. Cuando el homenaje está tan nacido del cariño y de la admiración, nunca como aquí tan unidos la persona y el escritor, pues, entonces, el homenaje sea bien venido. Es un regalo justo para cuantos se lo queremos hacer porque significa una necesidad urgente hacia alguien que nos conmueve, que nos ha dado una razón llena de razones para que esto se cumpla. Significa que nos hallamos despiertos hacia una persona, un escritor, que pasa y se detiene, pasa y se detiene a manos llenas. Hay escritores que desde que se asoman a la ventana de la vida, y a la ventana de la llamada literatura, se colocan ante la corona del triunfo, el gesto del triunfo, la sonrisa de la suficiencia; nada de esto tiene que ver con Antonio Pereira, aun siendo un triunfador, palabra algo dura para definirlo. Sería más propio buscar la palabra más justa para describir un ser muy completo; seguiré escribiendo estos pensamientos míos mientras elijo una de tantas palabras por él merecidas. Para mí Antonio, hablando de ventanas, se asoma a una estremecida por el tiempo, por lluvias y vientos, por voces con acento berciano, con acento del mundo, y en ella asoma su cabeza despeinada de pensamientos alborotados por su fina ironía, por su especial forma de sentir. Lo de la cabeza despeinada es por la fotografía, aunque

él, invariablemente, aparezca dando una imagen ordenada siempre.

En absoluto por un compromiso en este espacio ha de aparecer Úrsula, su compañera de camino, de caminos. Esa mujer sin vacilación en la amistad y en la forma amable e inteligente de decirse. Es, naturalmente, Antonio quien mejor la define en su poema «Elección de la amada», porque definiéndola se queda él en cuanto es Úrsula, comunicándonos: «... ya por siempre sabrá dónde encontrarme». Y acaba: «... y en ti misma canta lo que yo soy». Ni un comentario necesita; se lee, se escucha, y se llega a los dos para una verdad sin condiciones.

Para conocer a Antonio sólo hay que ir encontrándolo a cualquier hora del día; su amabilidad no cambia. No varía su simpatía y su manera de saber estar, haciéndonos sonreír a cada instante (ya sólo esto merece un homenaje), haciéndonos aprender la amistad tendida. Acercarse a su libro «Antología de la seda y el hierro» es ir encontrándose con él, de niño tan nacido en los suyos, cerca de un ruido de hierro: «Todo sonaba en la tienda / enemiga del silencio... ». Y adelantándose en su poema, sigue: «... ¡Todo un bosque de metales y yo perdido en el centro!». Tan nacido en aquel ruido y otros ruidos porque la infancia conserva, pasen los tiempos que pasen, su color y su sonido, y se asoma y es secreto hasta el final. Escuchar los poemas de Antonio es un encuentro de sonidos de río, de montaña, de pájaros distintos en distintos aires. Perfiles de alacenas, de pasillos hondos, las luces descolgando galerías muy cegadas en claridades, y los desvanes donde sueñan primas... «deben ser muy hermosos los pechos de las primas temblando en los desvanes, pero a mí me llamaban sólo para jugar». Qué romántico y melancólico es este Antonio, melancólico y romántico, tan unida –insistiremos a su ironía intelectual y sentimental, estética, una agudeza de mente que le hace mostrar su humor y dejar un poco atrás a la tristeza para razonarla más a solas, para dejarla ir en razonable conjunción en páginas con su nombre. Y baja a la calle y sube a los desvanes y crea esas atmósferas peculiares, con formas muy permanentes, y caemos en esa creencia que son sus cuentos para subir o bajar, desvanes y calles, luz o penumbra, para llegar a sus realidades en narraciones que nos llevan a la admiración sin tomar descanso. Y quiero regresar a la fotografía de rostro cerrado cerca de un gesto y de la mano, para pensar que podía ser que estuviera, en el instante, escribiendo aquello de «no hay nada más cansado que el rostro de un domingo / si son las cinco de la tarde y llueve» que tan escrito tiene el buen Antonio. En esa fotografía, Antonio, te asoma el secreto. No sé si era domingo, o las cinco de la tarde, o estaba lloviendo, pero llevas mucho mundo encima y un sentir y un velar a ese mundo. Por ello, por tanto, se te ofrece un homenaje. Por tu palabra dicha; por tu palabra escrita. Y ese homenaje está bien, pero lo cierto es que, Antonio Pereira, cada persona que te conoce te lo da, cada día, al comprobar que existes, que estás, y esto que suena tan solemne como la palabra homenaje, resulta que es lo más cierto.

En sábado (no en domingo, ni a las cinco) te ofreceremos ese magnífico cocido maragato, más mantecadas de Astorga, más vino leonés, y en los abrazos aplaudiremos al poeta, novelista y cuentista, tus premios, tus títulos, pero el mayor abrazo será para esa persona que eres y que amparas y que da cobijo a quien encuentras.